

EL GORRO DE DORMIR DEL BRUJO



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA

Nº 13

El Gorro de Dormir
del Brujo

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

El Gorro de Dormir del Brujo

La mamá de Pedro estaba muy enferma y por desgracia no mejoraba. El niño estaba muy triste y le parecía muy raro no ver a su mamá por la casa, de un lado a otro y ocupada en sus quehaceres. Preguntó a la enfermera si podría ayudar en algo, pero la interpelada le contestó que se limitase a portarse bien.

Como Pedro era un niño que apenas hacía alguna que otra travesura, no comprendió que bastase con ser bueno. Decidió preguntar al médico si él, a pesar de ser solamente un niño, podría hacer algo en favor de su mamá. Sin duda el doctor lo sabría.

Así, pues, a la mañana siguiente se ocultó en el recibimiento, detrás de un gabán y cuando el doctor bajó la escalera, él asomó la cabeza y se le puso delante.

—Dispéñseme, señor doctor—dijo—¿cómo está mamá?

—Más o menos igual—contestó bondadosamente el médico.

—¿No podría yo hacer algo en su favor?—preguntó el niño.

—Me parece que no—contestó el doctor.—Pero, en fin, podrías pedir a las hadas que te favoreciesen con alguno de sus encantamientos. Lo malo es que resulta muy difícil encontrarlas, ¿verdad, Pedro?

—Nunca he visto a un hada en toda mi vida—confesó Pedro.—Pero si usted cree que podrían aliviar a mamá, haré cuanto pueda por encontrar una.

—Pues, buena suerte—le dijo el doctor, yendo hacia la puerta.

Pedro no tenía la menor confianza en poder hallar el hada de menor importancia. Díjose que el lugar más apropiado para tal encuentro, sería el jardín, de modo que inmediatamente salió hacia allá. Mas, por mucho que



PEDRO VIÓ UN HADA SUSPENDIDA DE UNA RAMA

mirase, no pudo ver a ningún habitante del País de las Hadas. Buscó en las flores y en los árboles, pero, en vano, y al fin se sentó, casi a punto de llorar.

Reflexionó luego acerca de lo que podría hacer para encontrar a un hada y cuando ya llevaba algún rato pensativo, tuvo una idea excelente. Volvió corriendo a la casa y tomando un tarjetón, escribió cuidadosamente en letras mayúsculas un aviso que suspendió de la rama de un árbol del jardín. Decía así:

"QUERIDAS HADAS:

NECESITO VUESTRA AYUDA.

¿DÓNDE PODRÉ VEROS?

PEDRO."

—Muy bien—dijo el niño contemplando el cartel.— Si existen las hadas, tal vez podré ver a alguna después de merendar.

Aquella tarde tuvo que salir de paseo y, al volver a su casa, fué a merendar. Lo hizo de prisa y corriendo, y salió al jardín en cuanto le fué posible. Se dirigió en línea recta a aquel árbol, que era un laurel. ¡Qué agradable sorpresa! De una rama situada sobre su cabeza, asomó la cabecita de una diminuta hada.

—He visto tu cartel, Pedro. ¿Qué necesitas?—le preguntó.

—Ante todo, gracias por haber venido—contestó el niño muy excitado.—Nada quiero para mí. En cambio, deseo rogaros vuestro auxilio en favor de mi mamá. Está muy enferma y el doctor me ha dicho que, tal vez, las hadas podrían ayudarla.

—Yo no puedo hacer nada, Pedro—contestó la diminuta hada,—pues solamente cuido de repartir el rocío sobre las flores y las plantas. Pero he oído hablar de unos polvos maravillosos, que existen en el País de las Hadas y que sin duda te serían muy útiles.

—Y ¿por dónde se va al País de las Hadas?—preguntó Pedro.

—El camino más fácil para ti—contestó el hada—es el siguiente: Mañana por la mañana, muy temprano, vete al bosque y sigue el tercer sendero que encuentres. Te conducirá a una casa encantada, en el caso de que llegues allí al salir el sol. Luego habrás de buscar el camino que te conviene.

Pedro, muy admirado, dió las gracias a la diminuta hada y ésta, sonriendo, desapareció.

Aquella noche Pedro se acostó muy temprano. Durmió bien y cuando asomó por la ventana la primera luz del alba, se levantó y se vistió presuroso. Diez minutos después salió al jardín y, sin vacilar un instante, se dirigió al bosque. Llegó a él poco antes de aparecer el sol y, sin perder un segundo, empezó a contar los senderos que iba encontrando. Al llegar al tercero oyó el ruido de unas patitas y miró a su alrededor.

—¡Caramba, Fiel! —exclamó. — ¿Quieres venir conmigo?

Su perrito lo saludó con alegres ladridos y ambos continuaron su camino por el bosque. Durante mucho rato anduvieron por la misma senda, hasta que, al fin, se les apareció una casita muy linda, pero de un color rarísimo, puesto que tenía las paredes azules. Lo más extraño era que carecía de puerta para entrar. Mientras Pedro estaba muy apurado, buscando la manera de resolver aquella dificultad, el sol mandó uno de sus rayos a la pared de la casita, la cual, en cuanto recibió la luz del sol, empezó a dibujar una puertecita, que gradualmente se formó hasta quedar lista del todo, con su llamador y su buzón para las cartas. El corazón del niño latía muy aprisa, porque aquélla era la primera vez que presencia-

ba algo de magia. En cuanto la puerta estuvo lista, se acercó a ella y llamó.

—¡Entra! ¡entra!—dijo una voz desde dentro.

Pedro dió la vuelta al picaporte y penetró en la vivienda. Fiel le acompañaba y empezó a olfatear el suelo, sin dejar de examinar un sólo rincón.

Pero lo extraño del caso era que, dentro de la morada, no había nadie. Tampoco la vivienda contenía más que una habitación, y en ella no había más muebles que un taburete redondo. Pero se quedó asombrado, porque tenía la certeza de haber oído una voz que le autorizó a entrar. En cuanto a Fiel, una vez que hubo terminado de olfatear cuidadosamente el suelo, volvió al lado de su amo.

—Esto es muy extraño, Fiel—le dijo Pedro.—Aquí no hay nadie. ¿Qué haremos ahora?

En aquel momento se fijó en el detalle de que en la pared y sobre el lugar que ocupaba el taburete, había un cartel que decía: "Haga el favor de sentarse, agarrándose bien al taburete".

—¿Qué significará eso?—se preguntó el niño.—Pero, en fin, sentémonos—añadió.

Tomó a Fiel, para ponérselo sobre sus rodillas y sujetándolo con una mano, se agarró con la otra al taburete. De pronto éste se tambaleó. Luego, de un modo repentino, empezó a descender, como si fuese la cabina de un ascensor. Para ello, claro está, tuvo que atravesar el suelo y, a los pocos instantes, el niño y el perro se hallaron en una cueva iluminada por un rayo de luz que atravesaba su bóveda. Pedro divisó también una galería por la que se aventuró y a los pocos instantes fué a parar a un prado bañado por la luz del sol.

—Este debe ser el País de las Hadas—se dijo muy



EL NIÑO VIÓ UN AVISO

satisfecho.—¿Dónde estarán las hadas, los duendecillos, los gnomos y todos los demás?

Allí no se veía a nadie. El niño estuvo observando largo rato y, al fin, vió algo que avanzaba despacio por el camino y a gran distancia. En cuanto se hubo aproximado un poco, Pedro pudo darse cuenta de lo que era, y, muy asombrado, exclamó para sí:

—¡Caramba! Es una vieja que va montada en un pato enorme. Ahora ya no hay duda de que estoy en el País de las Hadas.

Dió unos pasos y Fiel se alejó un tanto, deteniéndose a olfatear algo que había en el suelo. Lo cogió con la boca y se lo llevó a Pedro.



UNA VIEJA QUE CABALGABA EN UN PATO

—¿Qué es eso, Fiel?—preguntó el niño.—Veo que es una bolsa en la que han bordado una P. Sin duda pertenecerá a esa mujer. Iré a preguntárselo.

El niño y el perro echaron a correr tras de la vieja y no tardaron en alcanzarla.

—Dispense — dijo Pedro jadeando. — ¿Es suya esta bolsa?

—Déjame ver—contestó la anciana poniéndose otros lentes sobre los que ya llevaba.—No—dijo al fin—no es mía. ¿De quién será? Esta P que tiene bordada, indica que pertenece a alguien, cuyo nombre empieza con tal letra.

De pronto, el pato en que montaba volvió la cabeza para mirar la bolsa. Dió un fuerte graznido y, con gran asombro de Pedro, empezó a hablar, diciendo:



EL GIGANTE PENSADOR ESTABA SENTADO EN UN
SILLÓN ESCULPIDO EN LA ROCA

—Debe de ser mía. Tengo la costumbre de llevarla bajo el ala derecha. Hazme el favor de buscar con la mano, a ver si la encuentras, niño.

Pedro deslizó la mano bajo la tibia ala y buscó la bolsa con el tacto.

—Aquí no hay nada—dijo.

Y mostró al pato la bolsa que había encontrado.

—Sí, es mía—repitió el pato.—Esta P pertenece a mi nombre, Pato, y la bordó mi madre hace muchos años. ¡Oh, cuánto te lo agradezco, querido niño! ¿Puedo hacer algo en tu favor?

—Creo que no—contestó Pedro.—Yo ando buscando los polvos mágicos, y sin duda no sabes dónde están.

—Pero puedo indicarte quién está enterado—contestó la vieja, de pronto, en tanto que el pato meneaba la cabeza.—Baja al valle, asciende luego por la montaña del lado occidental y en la cumbre encontrarás al Gigante Pensador. Me consta que antes tenía más de cien cajas de esos polvos.

¡Qué contento se puso Pedro! Dió las gracias a la anciana y se disponía a marchar, cuando le llamó el pato.

—No he hecho nada por ti para corresponder a tu favor—dijo.—Arranca una de las plumas de mi cola y guárdatela en el bolsillo. Si en algún momento me necesitas, arroja la pluma al aire y yo me esforzaré en acudir al momento.

—Muchas gracias—dijo Pedro mientras arrancaba una pluma blanca de la cola del pato.

Se la guardó en el bolsillo y se alejó sonriendo ante la idea de que alguna vez pudiera necesitar el auxilio de un pato.

Descendió al valle y en su camino encontró a gran número de habitantes de aquel país. Casi todos boste-

zaban y se frotaban los ojos, porque acababan de levantarse, ya que la hora era muy temprana. Pedro esperó encontrar despierto al gigante. Subió por la montaña que había a occidente y al llegar a la cumbre encontró al Gigante Pensador. Estaba sentado en un sillón labrado en la roca y entregado a sus profundas reflexiones, en tanto que observaba cómo el sol subía por el firmamento.

—Dispense, ¿és usted el Gigante Pensador?—preguntó Pedro.

El gigante no le oyó siquiera. Entonces el niño se encaramó valerosamente por una de sus enormes piernas y se puso en pie sobre una rodilla. Se llevó las manos a la boca haciendo bocina, y gritó cuanto pudo.

El gigante lo miró y, sorprendido, preguntó:

—¿Qué quieres, pequeño monigote?

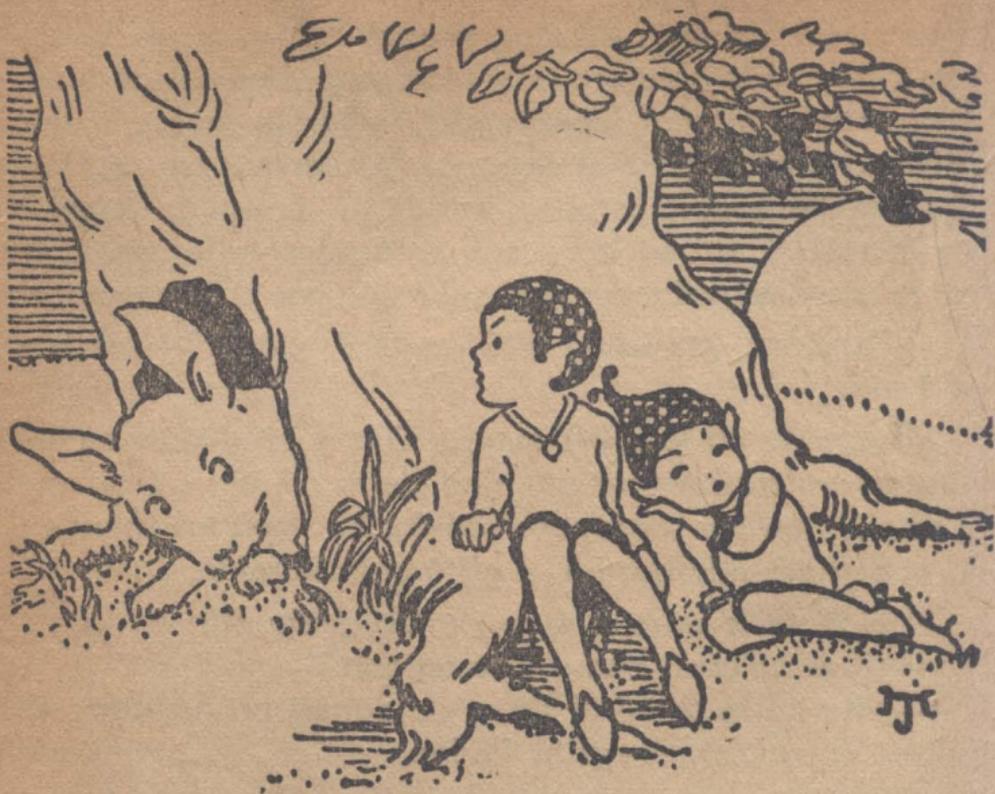
—¿Me haría usted el favor de darme un puñadito de polvos encantados?—gritó Pedro.

—Lo haría con mucho gusto—contestó el gigante con un vozarrón tremendo.—Pero el Brujo del Gorro de Dormir me robó todas las cajas, la semana pasada. Es un viejo ladrón, pero como nadie puede entrar en su castillo, a no ser que lo permitan sus criados, temo mucho que ni tú ni yo podríamos obtener esos polvos.

Esta noticia dejó a Pedro muy desalentado. Bajó al suelo y, acompañado por Fiel, descendió por la vertiente opuesta de la montaña. Pero sacó el pañuelo y se disponía a limpiarse las lágrimas, cuando sintió una palmada en la espalda y, al volverse, vió a dos elfos pequeños y alegres, que se reían de él.

—No te pongas triste—le dijeron.—¿Qué te pasa?

—Pues que fuí en busca del Gigante Pensador, para pedirle una de sus cajas de polvos mágicos—contestó Pedro.—Los necesito para mi madre, que está enferma,



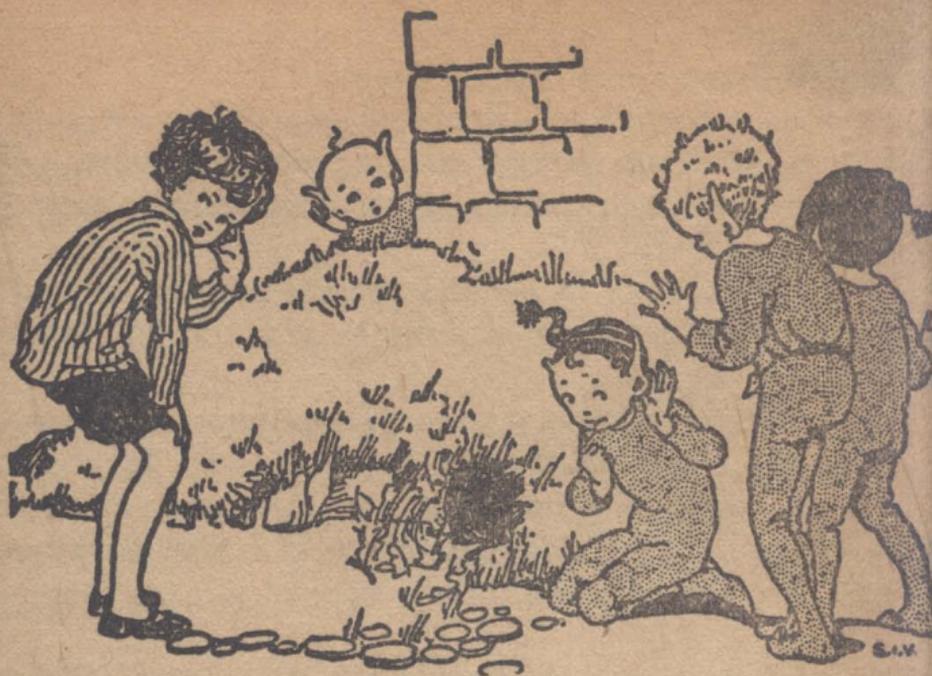
EL CONEJO GRIS SOLÍA ASUSTAR A LOS ELFOS

pero el Gigante me ha dicho que el Brujo del Gorro de Dormir se las robó todas y eso le ha impedido complacerme.

—Ahí está el castillo del Brujo—dijo uno de los elfos señalando el lugar.—Siempre está cerrado y nadie puede entrar allá, si los criados no han recibido orden de dejarlo pasar.

—¿No hay otro modo de entrar?—preguntó Pedro.—¿No hay ninguna ventana o algo por el estilo?

—Nada—contestaron los elfos. De pronto uno de ellos dió una palmada y exclamó:—Espera un minuto. Tenemos un amigo que podría ayudarnos. Es un conejo gris, que vive en el hueco de un roble y no en una madri-



—¡SILENCIO! OIGO LADRAR—DIJO UNO
DE LOS ELFOS

guera. Siempre saca la cabeza por el agujero para asustarnos. Voy a preguntarle si conoce algún agujero bajo los muros del castillo.

Salió para regresar muy en breve. Y volviéndose el niño le dijo:

—Conejo Gris dice que hay un agujero magnífico, mejor dicho, una galería que conduce hasta la despensa del castillo. Añadió que, con gusto, habría venido a acompañarte hasta allá, pero que no le agradan los perros.

Pedro y los elfos se dirigieron al castillo y entonces empezaron a buscar la entrada de la galería de que hablaba el conejo. Fiel no tardó en hallarla. Empezó a ladrar muy excitado y Pedro acudió corriendo para ver qué era.

—¡Dios mío! Este agujero es demasiado pequeño para cualquiera de nosotros. ¿Qué haremos?

—Manda a tu perrito—aconsejó uno de los elfos.

—¿Y de qué me servirá eso?—preguntó Pedro.—El no podrá encontrar los polvos, ni tampoco abrir la puerta para que yo entre.

—Pero si nosotros le decimos dónde está la llave de la puerta posterior, podrá traérnosla. Así conseguiremos entrar.

Fiel empezó a ladrar y a saltar, en extremo satisfecho.

—Escucha, Fiel—le dijeron los elfos.—En la cocina y junto al hogar, hay un cordel, en cuyo extremo está atada la llave. Con los dientes rompe el cordel para que la llave se caiga al suelo. Luego cógela con los dientes y tráela.

Fiel ladró de nuevo, lamió la mano de su amo y desapareció en el agujero. Durante largo rato, los elfos y Pedro esperaron ante la entrada y, por fin, el niño empezó a inquietarse.

—Supongo que no le habrá ocurrido nada desagradable.

—¡Silencio!—recomendó uno de los elfos, levantando la mano.—Oigo ladrar.

Pedro prestó oído y, en efecto, también oyó ladridos. Era que Fiel regresaba por aquella galería y con sus ladridos quería anunciarles su próxima llegada. Había colgado la llave en su rabo y no os podéis imaginar cuán orgulloso se puso en el momento en que Pedro, para expresar su gratitud, le dió un beso en el frío hocico.

—Eres un perrito valiente y muy listo—le dijo el niño, en extremo satisfecho.—Me acompañarás en mi visita al castillo.

Sin ruido, él y los elfos dieron la vuelta a la mansión, hasta encontrar una gran puerta muy bien cerrada. Pe-

dro metió la llave en la cerradura, se despidió de los elfos y, después de abrir la puerta, entró. Los goznes chirriaron y Pedro, acompañado de Fiel, entró en el castillo. Ante todo encontraron un corredor obscuro y no pudieron ver a nadie por allí.

El niño avanzaba de puntillas y, al fin, llegó ante una puerta abierta. De la habitación a la que ésta conducía, salía un ruido considerable. Pedro pudo convencerse de que eran todos los criados de la casa, sentados a la mesa y ocupados en desayunar, charlar y reír.

El niño se alegró mucho de verlos allí y pensó:

—Si tengo la suerte de encontrar las cajas de polvos, podré salir con la mayor facilidad, sin que nadie se entere.

Siguió a lo largo de otro corredor y fué examinando cuantas habitaciones hallaba al paso. Todas estaban desocupadas y en ningún sitio pudo encontrar la menor señal de que sirviese de depósito de las cajas del famoso polvo. Frente a él vió por fin una estancia de grandes dimensiones y entró.

En un extremo divisó un armario con las puertas abiertas y se dió cuenta de que sus estantes estaban llenos de cajitas absolutamente iguales entre sí y provistas de una etiqueta que decía: «Polvos mágicos».

Pedro tomó una y se la metió en el bolsillo, deseando hallar la oportunidad de llevárselas todas, a fin de devolverlas al Gigante, a quien se las habían robado. Luego se dirigió a la puerta y cuando ya llegaba a ella, penetró alguien en la estancia.

El niño sintió que le temblaban las rodillas, porque el recién llegado era el Brujo en persona. Era un individuo muy raro, que vestía una especie de bata de dormir, cuyo faldón arrastraba por el suelo. Llevaba unas gafas de

cristales muy gruesos y, al ver a Pedro, manifestó la mayor sorpresa.

—¿Quién eres?—preguntó.—Debes de ser el chico de la tienda que me surte de gorros de dormir. Y habrás venido a recoger los gorros que me trajeron ayer para que me los probase. ¿Verdad?

—Sí. . . sí, señor—contestó Pedro sin saber qué decir.

—Bueno, ¿y para qué has traído a ese perrito antipático?—preguntó el Brujo al ver a Fiel.—Otra vez guárdate bien de traer a ese bicho. Lo cierto es que aun no he tenido tiempo de escoger un gorro de dormir. Me voy a probar unos cuantos y tú me dirás cuál me sienta mejor.

Abrió un paquete de papel, de color pardo, y sacó un montón de gorros de dormir, muy bonitos. Luego se los probó uno a uno, mirándose al espejo.

A Pedro le pareció tan cómico su aspecto, que tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reírse. Sacó el pañuelo para ocultar sus sonrisas y en aquel momento tuvo la desgracia de que se le cayera al suelo la caja de polvos mágicos, que fué a parar a los pies del Brujo. Este la vió y la recogió.

—¿Cómo?—exclamó con terrible voz.—¿Me has robado una caja de polvos? En tal caso no eres el muchacho de la tienda. Espera y sabrás lo que es bueno.

Y echó a correr persiguiendo a Pedro. Este empezó a dar vueltas por la estancia, luego bajó la escalera, la volvió a subir, llegó hasta el desván y bajó a la habitación en que se guardaban las cajas de polvos. Fiel seguía a su amo en aquellas idas y venidas, tratando de morder al Brujo en las piernas y, por fin, consiguió clavarle los colmillos en la pantorrilla izquierda, llevándose un pedacito de carne.

Dando un aullido terrible, el Brujo se sentó y empezó a examinarse la pierna, pidiendo socorro a gritos. Pedro



EL BRUJO DEL GORRO DE DORMIR SE CONTEMPLABA
AL ESPEJO

oyó cómo los criados subían corriendo la escalera y, desesperado, se dirigió otra vez al desván. Fiel lo siguió muy excitado.

En breve los criados empezaron a perseguir al fugitivo y éste salió al tejado y se ocultó tras una chimenea. En aquel momento recordó la pluma blanca que le die-

ra el pato. ¿Serviría de algo? La sacó de su bolsillo y la arrojó al aire. Flotó hacia uno de los lados del castillo y desapareció.

Entonces, Pedro se vió obligado a evitar las acometidas de los criados, quienes, sin duda, hubiesen acabado por agarrarlo, de no haber tenido miedo del perro Fiel.

—Démonos las manos y acorralémosles — aconsejó uno de los criados.

Y así lo hicieron; Pedro comprendió que iba a ser agarrado y, desesperado, empezó a buscar el modo de escapar. De pronto vió algo que le hizo prorrumpir en una exclamación de gozo.

El pato blanco volaba rápidamente hacia el castillo. Dos segundos más tarde se posó en el tejado y se acercó a Pedro. Los sorprendidos criados se quedaron inmóviles, dando con ello tiempo suficiente al muchacho para montar en el lomo del pato, llevando a Fiel bajo uno de sus brazos.

El pato se elevó en el aire y se alejó con su carga. Por momentos se debilitaban los gritos de los criados y Pedro comprendió que estaba salvado.

—¿A dónde quieres ir?—preguntó el pato.

—Si es posible, a casa—contestó Pedro.—Como no he podido quedarme con una caja de polvos mágicos y, por otra parte, me daría mucho miedo volver al castillo... Te agradezco mucho que me hayas salvado.

—No vale la pena—contestó el pato.—Me ha sido muy grato devolverte el favor que me hiciste.

Poco después, el pato tomó tierra en el jardín de Pedro.

—Adiós — dijo. — Me alegro mucho de haberte conocido.

Emprendió de nuevo el vuelo y Pedro lo observó mientras se alejaba. Entonces el niño oyó que lo llamaba la enfermera.

—¿Dónde has estado, Pedro? Faltan cinco minutos para la hora de desayunar, de modo que puedes entrar y peinarte, para bajar cuanto antes.

El niño obedeció y, una vez en su cuarto, se puso muy triste al pensar que no había podido traer consigo una caja de aquel polvo maravilloso. Una gran lágrima resbaló por su mejilla y fué a caer en el hocico de su perro Fiel.

Este empujó con su cabeza la mano de Pedro y luego abrió la boca.

—¿Qué pasa? — preguntó Pedro. — ¿Tienes dolor de muelas?

Se inclinó para mirar la boca del perro y ¡qué sorpresa tuvo! Entre los dientes del animal vió una cajita de polvos mágicos.

—¡Oh, querido Fiel! ¡Qué listo eres!—exclamó Pedro dándole un abrazo.—Sin duda te quedaste con esa caja mientras me perseguía el Brujo. ¡Oh, cuánto te quiero! Ahora sí que podemos decir que ésta aventura ha acabado bien.

Luego echó a correr hacia la habitación de su mamá y se inclinó sobre ella.

—¡Mamá!—murmuró.—Huele esos polvos maravillosos, que te he traído.

Su mamá le sonrió y, para complacerle, olió los polvos. —Muy agradables—dijo.

Sonó entonces la campana llamando para el desayuno y Pedro bajó corriendo la escalera, diciéndose que ya había corrido bastantes aventuras.

Ya comprendo que tenéis interés por saber si los polvos maravillosos curaron a la mamá de Pedro. A esto os diré que tres días después estaba ya levantada y paseaba en compañía de su querido hijo.

GAZAPÍN, EL CONEJO CODICIOSO

Una vez hubo un conejo, llamado Gazapín, que encontró en el suelo tres monedas de oro. Brillaban mucho y Gazapín pensó que eran muy bonitas.

—Ahora ya soy rico—se dijo.

Y se sintió orgulloso y satisfecho de sí mismo. Llevó las monedas a su madriguera y las ocultó. A veces las sacaba del escondrijo y las contaba: «una, dos, tres, tres, dos, una». En otras ocasiones las contaba repetidas veces, hasta que llegaba al número cien y se decía que era muy rico.

—No las gastaré—se prometió.—Si lo hiciese, se me acabaría pronto la riqueza. Las guardaré para contemplarlas de vez en cuando.

Pronto empezó a desear más de tres monedas.

—¡Qué agradable sería tener doce para contarlas! ¡Dios mío, qué conejo tan rico sería entonces! Pero, ¿cómo obtener más?—se preguntó.

Pensó mucho acerca del particular, pero no consiguió encontrar ningún plan.

Como ya se ve, era un conejo muy tonto, porque a él no le hacía falta ningún dinero. No había de pagar la hierba que comía, la corteza de árbol que le servía para afilarse los dientes, ni tampoco la cómoda madriguera en que vivía. Sólo deseaba el dinero para considerarse rico, y como no estaba dispuesto a gastarlo, es preciso considerar que era un avaro.

Por fin se le ocurrió un buen plan.

—Haré faenas para quien me las pague. Cobraré de cada uno que me emplee una moneda de oro, y pronto tendré cuantas quiera.

Así, pues, puso un cartel ante la entrada de su madriguera, que decía:

**SE HACEN FAENAS
RAZON EN EL INTERIOR**

Luego esperó la llegada de los clientes.

A corta distancia de la madriguera de Gazapín vivían muchas hadas y al ver el cartelón que puso el conejo, se alegraron mucho. Gazapín no gozaba fama de bondadoso, pero las hadas creyeron que se había reformado. En breve se difundió la noticia de que el conejo estaba dispuesto a hacer toda clase de faenas, pero nadie adivinaba su propósito de cobrar en monedas de oro.

El primero en contratarle fué el señor Ardilla, a fin de encargarle que se ocupara en repartir las invitaciones para una fiesta que daba.

Gzapín tomó inmediatamente las cartas. Las metió en una bolsa y echó a andar. No tardó en dejarlas repartidas, porque los conejos van muy de prisa. La última invitación era para él y no tuvo que entregarla. Luego se fué en busca del señor Ardilla.

—Ya he terminado el trabajo—le dijo.—Supongo que ahora me harás el favor de pagarme.

—¿Pagarte?—preguntó muy sorprendido el señor Ar-



LA NOTICIA SE DIFUNDIÓ CON GRAN RAPIDEZ

dilla.—¿Cuándo se vió pagar los favores? Estás loco, Gazapín.

—De ninguna manera—contestó el conejo.—Me debes una moneda de oro. Págame cuanto antes.

—Pues, mira, ni siquiera tengo una moneda de plata—contestó enojado el señor Ardilla.—Aunque, si la tuviese, tampoco te la daría. Me figuré que estabas dispuesto a ser amable y complaciente con todo el mundo, pues ya sabes que hasta ahora no tenías nada de amable ni de agradable.

Estas palabras enfurecieron de mala manera a Gazapín y se alejó rompiendo su invitación. Al mismo tiempo se juró que, un día u otro, obligaría al señor Ardilla a pagarle lo que le debía.

Al día siguiente, el hada Fufita le rogó llevar un nue-



EL SEÑOR ARDILLA LE ENCARGÓ QUE REPARTIESE LAS INVITACIONES PARA UNA FIESTA QUE DABA

vo reloj de dientes de león desde el seto a su casa, porque su reloj viejo marchaba mal. El hada era tan pequeña, que el peso de la flor resultaba inmenso para ella. En cambio, para Gazapín no tenía ninguna importancia. Tomó un hermoso reloj de dientes de león, lo llevó a donde vivía Fufita, es decir, dentro de un hongo de color de rosa, y le dejó la flor en su diminuto recibimiento.

—¡Oh, buen Gazapín!—exclamó ella dándole un beso en la punta del hocico.

—Ese trabajillo te costará una moneda de oro—le dijo Gazapín.

Fufita dió un grito y luego se echó a reír.

—Ya veo que quieres bromear. Estas cosas no se pagan nunca en el País de las Hadas.

—¡Bah!—replicó Gazapín.—Venga la moneda de oro. Como se comprende, Fufita no pudo dársela. Cerró, muy disgustada, la puerta de su casa y no quiso abrirla, a pesar de que el conejo llamó más de doce veces.

A la mañana siguiente, el elfo Tipillo fué a casa de Gazapín y le rogó que le llevase a la vivienda de su primo Pipo, que estaba muy enfermo.

—Me he pasado la noche volando—dijo el pobre Tipillo—y ya no tengo fuerzas para ir más lejos. Por suerte he visto tu cartelón y he venido para ver si puedes ayudarme.

En menos de diez minutos, Gazapín llegó a casa de Pipo, llevando sobre su lomo a Tipillo.

—Nunca olvidaré este favor que me has hecho—dijo el elfo.

—Mira, págame una moneda de oro.

—¡Dios mío!—exclamó Tipillo desalentado.—Me figuré que hacías estas cosas por favor.

—De ninguna manera—contestó Gazapín.

Tampoco recibió la moneda de oro que esperaba de Tipillo, porque éste quería reservar cuanto dinero tenía en favor de su primo enfermo, de modo que no quiso dar ni un solo céntimo al codicioso conejo.

Este se dirigió a casa de Pipo y empezó a aporrear la puerta.

Pronto se supo por todas partes que Gazapín pretendía cobrar a cambio de sus trabajos y, en consecuencia, nadie fué a solicitarlo ni tampoco se acercó ninguno a



TIPILLO MONTÓ EN EL CONEJO

su madriguera. Y un día al pobre Gazapín le ocurrió algo horrible.

Atravesaba corriendo el bosque, en ocasión en que el viento era muy fuerte y, de pronto, cayó un árbol derribado al suelo. El pobre Gazapín quedó cogido por una de las ramas y resultó con una pata herida. Empezó a dar gritos pidiendo socorro y quiso la fortuna que se presentase el señor Ardilla.

—¡Dios mío, no querrá ayudarme!

Pero se equivocó, porque el señor Ardilla acudió co-

rriendo y, en un abrir y cerrar de ojos, levantó la rama y dejó en libertad a Gazapín.

—Un momento—dijo—voy a buscar a alguien que me ayude a llevarte a casa.

Al poco rato apareció en compañía de Tipillo, el elfo. Gazapín creyó que no querría ayudarle, pero también se equivocó en esto, porque el elfo se manifestó muy apenado y entre él y el señor Ardilla lo llevaron muy cuidadosamente a su madriguera.

—Necesitas una enfermera—dijo el señor Ardilla.

Y salió en busca de una. ¿A quién creéis que llevó? Pues a Fufita. Temía Gazapín que ella se negase a cuidarlo, pero el hada dió muestras de ser muy bondadosa y una excelente enfermera.

—¿Cuánto me cobrarás?—preguntó a Fufita cuando fué a despedirse, después de la curación.

—¡Dios mío! Nada en absoluto. Es muy agradable hacer un favor.

El señor Ardilla y Tipillo le contestaron de la misma manera, de modo que Gazapín empezó a sentirse avergonzado.

—Fácilmente habrían podido cobrarme dos monedas de oro cada uno de ellos, y yo no hubiese podido quejarme para no correr el peligro de quedar abandonado debajo de aquel árbol! ¡Dios mío, qué buenos son!—se dijo.

Cuanto más pensaba en ello, mayor vergüenza sentía. Y aquella noche fué en busca de sus monedas de oro. Tomó tres sobres y en cada uno de ellos puso una moneda. Luego fué a casa del señor Ardilla y metió el sobre en el buzón para cartas; e hizo lo mismo en casa de Tipillo y en la de Fufita.

No por eso retiró su cartel, de modo que son numerosos los que van a pedirle su auxilio o colaboración, por-



GAZAPÍN IBA A RECLAMAR SU DINERO

que no cobra nada y no es de extrañar que sea el conejo más estimado de toda la comarca, hasta el punto de que la Reina de las Hadas, que se enteró de su altruismo, le nombró caballero y aun creo que hay el propósito de darle un condado.

ROSAMUNDA Y EL REY

Vivía en otro tiempo una niña llamada Rosamunda. Habitaba con su madrastra, que la trataba muy mal y la obligaba a trabajar de firme.

Un día Rosamunda se enteró de que el rey de su país haría una visita al pueblo inmediato, acompañado de su hijo, el príncipe. Se prepararon grandes fiestas y todos los tenderos se dispusieron a tomar parte en las diversiones. En cuanto a los niños, no asistirían a las escuelas y se había organizado un baile de máscaras para ellos.

—Debería usted permitir a Rosamunda que asistiese al baile—dijo a la madrastra la vecina que le comunicó la noticia de la llegada del Rey.—Podría usted disfrazarla de cualquier cosa. La pobrecilla no ha asistido nunca a ninguna fiesta y le gustaría mucho divertirse en compañía de los demás niños. Es muy linda y si fuese hija mía, la vestiría de princesa.

—Quizás vaya—contestó la madrastra, aunque estaba resuelta a todo lo contrario.

Pero Rosamunda oyó sus palabras y se llenó de alegría. ¡Qué divertido sería ir al pueblo, pasar allí todo el día de festejos y, además, vestirse de princesa!

¡Pobre Rosamunda! En cuanto llegó el gran día se levantó temprano y se presentó a su madrastra, para preguntarle si realmente, tenía preparado el lindo traje para ella. Entonces la pobrecilla tuvo un desengaño espantoso.



SE DARÍA UN BAILE DE TRAJES INFANTILES

—¡De ninguna manera!—contestó la mala mujer.—Nunca se me ocurriría gastar dinero en una chiquilla tan fea como tú. Por otra parte, no te mereces un día de fiesta. Vete a fregar la casa, o te daré unos cuantos bofetones.

La pobre Rosamunda se quedó anonadada. En realidad había llegado a creer que le permitirían asistir a la fiesta. Pero, en vez de eso, fué a fregar el suelo y sus lágrimas, sin duda, contribuyeron a que quedase más limpio.

Una vez que hubo terminado, fué a sentarse a corta distancia de la casa. Al poco rato, oyó el ruido de caballos. Levantó la mirada y por el sendero del bosque vió que se acercaba una partida de jinetes, muy elegantes y alegres. Uno de ellos la vió y echó pie a tierra.

—¿Por qué estás llorando, hermosa niña? Seca tus



—¿POR QUÉ LLORAS?—PREGUNTÓ

lágrimas y dínos si nos puedes ayudar. Nos hemos extraviado y deseamos llegar al pueblo inmediato.

Rosamunda se secó los ojos.

—Yo conozco el camino, pero es tan largo y tortuoso que no sé si podré indicaros todas sus vueltas.

—Pues acompáñanos y así nos las señalarás. Te montaré en mi caballo y tú serás nuestra guía. ¿Acaso no vas al pueblo a divertirte con los demás niños?

—No, señor—confestó Rosamunda, echándose a llorar de nuevo.

Y no tardó en referir a aquel hombre, de aspecto bondadoso, los motivos de su profundo disgusto. El calmó su llanto besándola con paternal cariño y luego le dijo:

—No te muevas. Voy a ver a tu madrastra y a pedirle que te deje venir con nosotros.



EL PRÍNCIPE Y ROSAMUNDA VISITARON LOS LUGARES MÁS AGRADABLES

Se encaminó a la casita, que se divisaba a través de los árboles y dos minutos después regresó al lado de la niña.

—Ven—dijo despertando su asombro.

La subió a su propio caballo y la niña se entusiasmó al pensar que, al fin, iría al pueblo. Guió a la tropa de

caballeros y en poco rato llegaron a la vista del pueblo. ¡Qué sorpresa tuvo entonces Rosamunda! En cuanto la gente los vió, empezó a gritar y a vitorear y a cada momento se oía el grito de:

—¡Viva el rey!

Rosamunda se enteró entonces de que el bondadoso caballero que le había montado en su caballo era el Rey y que el muchachito que le seguía, también a caballo, era el príncipe. Su corazón latió presuroso y tembló de alegría al pensar que había montado el caballo regio.

Pero no terminó ahí la serie de cosas agradables que le sucedieron aquel día. El Rey le preguntó de qué le habría gustado disfrazarse, cuando pensó en asistir a la fiesta y ella le contestó que, por espacio de un día, le gustaría ir vestida de princesa. Entonces él llamó a una de las damas de su séquito y le dió la orden de que vistiese a Rosamunda como corresponde a una princesa.

—Y cuando estés vestida ya te procuraré un príncipe.

Y, en efecto, así lo hizo, porque su propio hijo fué al encuentro de Rosamunda y los dos visitaron todos los lugares agradables del pueblo. Nunca Rosamunda había sido tan feliz.

—Te llevaremos con nosotros a la capital—le dijo el príncipe al terminar el día.—Necesito una compañera de juegos y tú lo serás para mí.

Consiguió llevar a cabo este proyecto y Rosamunda fué a vivir a palacio, donde todos los días jugaba con el príncipe. En cuanto a la mala madrastra, se enojó tanto al conocer la suerte de Rosamunda, que se internó en el bosque y nunca más se supo cosa alguna de ella.

Serie de obras de recreo, muy estimulantes y altamente educativas, que han sido seleccionadas entre las de los autores de mayor prestigio. Estas novelas forman la mejor biblioteca clásica de la juventud, y en ellas alternan los más emocionantes episodios con las verdades de orden natural y científico, reveladas a los adolescentes en forma amena y agradable.

TITULOS PUBLICADOS

- «La Isla Misteriosa», por Julio Verne.
- «Pedro Simple», por el Capitán Marryat.
- «El Perro Diabólico», por el Capitán Marryat.
- «Dos años de vacaciones», por Julio Verne.
- «20.000 leguas de viajes submarinos», por Julio Verne.
- «Las tribulaciones de un chino en China», por Julio Verne.
- «Las Indias Negras», por Julio Verne.
- «Héctor Servadac», por Julio Verne.
- «Los naufragos del Pandora», por Mayne Reid.
- «La isla del tesoro», por R. L. Stevenson.
- «Las historias de Cabidoulin», por Julio Verne.
- «Robur el Conquistador», por Julio Verne.
- «La montaña de Oro», por Karl May.
- «La Estrella del Sur», por Julio Verne.
- «Dueño del Mundo», por Julio Verne.
- «El pueblo aéreo», por Julio Verne.
- «La venganza del caudillo», por Karl May.

Precio de cada volumen

En Rústica: \$ 0.70

En Cartoné: \$ 1.—

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES